Número 1594 ● Sábado 21 de noviembre de 2026

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: **Otoniel Guevara** | Subdirectora: **Karen Ayala**

El Salvador y la Revolución Mexicana



La trinchera, José Clemente Orozco, (1923 / 1926), México.
Esta obra mural, realizada al fresco, se ubica en el muro norte del Patio Grande del Antiguo Colegio de San Ildefonso, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Durante la década pos-revolucionaria en que fue realizada, el tema de la revuelta mexicana fue ampliamente representado por Orozco en sus obras de caballete, y en esta obra mural el tema es aún más trágico.

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †
Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fragui
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil
no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.

PALABRAS

Hoy no llegaron

Hoy no llegaron los que llaman a la puerta
cuando el sol se ha ido
No trajeron historias de recientes despechos
y fracasos
ni llagas, ni pies descalzos reventados
en la persecución
Unos cuantos, anónimos tiritan bajo aleros
derruidos de la estación
Tienen sed de un abrazo
Hablan en secreto de los que se quedaron,
los que borró el camino y sus secuaces
Dejos de culpa lamentan mujeres violadas
ante sus ojos,
niños que esperan sin saber dónde van
Inmisericorde la lluvia cae otra vez,
y una vez más, sobre la noche que aplasta todo
Esta bandera pesa tanto como un diluvio

JOSÉ ANTONIO DOMÍNGUEZ

Nuestro correo:
administracion@revistaculturaltresmil.org

El Salvador y la revolución mexicana

De la conferencia panamericana de 1901 hasta la misión diplomática de Enrique Bordes Mangel.

Escribe: Carlos Cañas Dinarte

Para el Dr. Mario «Nayo» Vázquez Olivera, con amistad de letras y décadas.

I. Introducción.

Entre la Segunda Conferencia Internacional Americana, clausurada en la ciudad de México en enero de 1902, y el fin de la misión del revolucionario Enrique Bordes Mangel (Guanajuato, 1886-Tijuana, 1935) como ministro plenipotenciario de México en San Salvador, en noviembre de 1924, las relaciones entre México y El Salvador pasaron de una mediación compartida con Washington, D. C. a una cordialidad de nuevo cuño. La revolución mexicana marcó el punto de inflexión. Antes de ella, El Salvador suscribió en México el arbitraje obligatorio, aceptó al presidente mexicano como árbitro de la paz centroamericana y acudió a las fiestas del Centenario de 1910. Después, recibió del general Venustiano Carranza (Cuatro Ciénegas, 1859-Tlaxcalantongo, 1920) dos aeroplanos y una estación radiotelegráfica, decretó duelo nacional por su muerte en 1920 y acogió como representante diplomático a uno de los redactores del Plan de San Luis, que obligaría a la renuncia del presidente Porfirio Díaz Mori y marcaría el inicio de la revolución mexicana. En ambos tramos, la legación salvadoreña en la capital mexicana, encabezada durante buena parte del periodo por el Dr. Gustavo Barón y, entre 1911 y 1915, por el Dr. Enrique Córdova, sirvió de canal para esos gestos.

En este ensayo pretendo trazar las principales líneas de ese arco temporal con documentación oficial mexicana, salvadoreña y estadounidense, prensa de la época, las memorias de los diplomáticos salvadoreños Dres. Salvador Gallegos y Enrique Córdova e historiografía reciente en castellano e inglés. Este texto es apenas un esbozo y no un trabajo definitivo ni concluyente, aunque quizá pueda llegar a ser un libro extenso, si se logran los apoyos adecuados y suficientes.



El general y primer jefe Venustiano Carranza en entrevista con el diplomático salvadoreño Dr. Gustavo Barón Lima, en noviembre de 1916, en Querétaro.

II. De la conferencia de México a la Pax centroamericana (1901-1907).

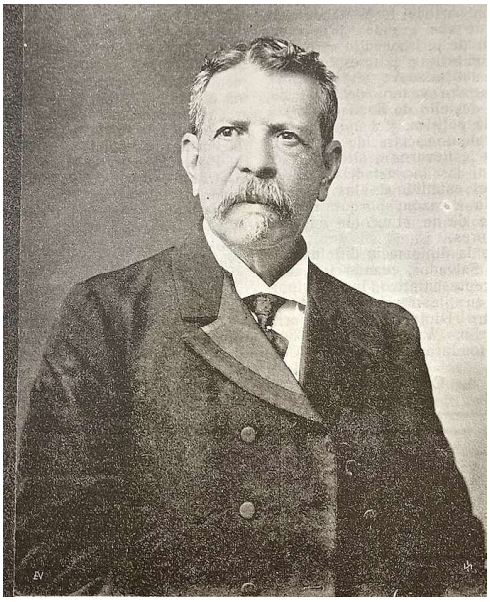
La Segunda Conferencia Internacional Americana sesionó en la ciudad de México del 22 de octubre de 1901 al 31 de enero de 1902. El Salvador acudió con el vicepresidente de la república Dr. Francisco Antonio Reyes y con el periodista Baltasar Estupinián, quien ocupó la segunda vicepresidencia de la asamblea. Ambos firmaron el 29 de enero de 1902 el tratado de arbitraje obligatorio, que solo nueve delegaciones suscribieron, entre ellas las de El Salvador, Guatemala y México.[1] Una semana después de la clausura, el gobierno mexicano nombró a Cayetano Romero como su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en El Salvador. Desde enero de 1903, esa legación quedó a cargo de José Francisco Godoy.[2]

A comienzos del siglo XX, la rivalidad entre el dictador guatemalteco Manuel Estrada Cabrera y el mandatario nicaragüense José Santos Zelaya marcaba la política del istmo. En 1906, un grupo de exiliados guatemaltecos organizó desde El Salvador una invasión contra Estrada Cabrera y, tras su derrota, el conflicto se volvió interestatal. El presidente salvadoreño era Pedro José Escalón, mientras que el general Tomás Regalado Romero, expresidente y jefe de las tropas en campaña, murió en combate en territorio guatemalteco el 11 de julio de 1906.[3] Ese mismo día, el secretario interino de Estado Robert Bacon instruyó al embajador estadounidense en México para que comunicara al presidente y general Porfirio Díaz Mori (Oaxaca, 1830-París, 1915) que Washington no veía posible la paz sin la cooperación activa del gobierno mexicano. Theodore Roosevelt ofreció entonces la cubierta del crucero *Marblehead* como lugar neutral.[4]



El general y presidente mexicano Porfirio Díaz Mori (1830-1915).

Díaz Mori cruzó telegramas con Estrada Cabrera y con Escalón y autorizó a su ministro en Centroamérica, Federico Gamboa (ciudad de México, 1864-ciudad de México, 1939), para que tomara parte activa en las pláticas. El armisticio entró en vigor el 19 de julio. Al día siguiente, los



El diplomático y abogado hondureño Dr. Salvador Gallegos, ministro de Relaciones Exteriores de la República de El Salvador.

delegados salvadoreños Dres. José Rosa Pacas y Salvador Gallegos, el hondureño Francisco Bertrand y cuatro representantes guatemaltecos firmaron el convenio bajo las presidencias honorarias de los ministros estadounidenses William L. Merry y Leslie Combs y de Gamboa. El texto ordenaba desarmar los ejércitos, canjear prisioneros, vigilar a los emigrados y negociar en San José de Costa Rica un tratado general. Su artículo quinto designaba árbitros, para cualquier diferencia futura, a los presidentes de Estados Unidos y de México.[5] Roosevelt agradeció a Díaz Mori su colaboración y atribuyó a su respaldo buena parte del éxito alcanzado.[6]

El abogado Enrique Córdova (1881-1966), entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, dejó un testimonio de aquellas jornadas. Por el secretario de la delegación salvadoreña supo que el ministro estadounidense había propuesto que El Salvador pagara una indemnización y devolviera a Guatemala los departamentos de Ahuachapán y Sonsonate, «humillante insinuación» que Gallegos rechazó. Su juicio sobre el arbitraje fue severo. A su entender, aquella «saludable mediación de los Gobiernos de Estados Unidos y México» se consideró después «el inicio de las intervenciones habidas» y consolidó la tiranía de Estrada Cabrera.[7]

El Dr. Salvador Gallegos, que había sido canciller y miembro del Consejo Ejecutivo Provisional de los Estados Unidos de Centroamérica, publicó en 1916 unas memorias en dos partes que, según advirtió, tenían «el sello de la verdad histórica».[8] Su relato muestra desde dentro las sesiones del *Marblehead*. Los delegados chocaron por la suerte de los emigrados políticos, y Gamboa apoyó a los salvadoreños frente a Combs. Cuando Guatemala propuso someter al arbitraje de los ministros si debían examinarse las responsabilidades de la guerra, Gallegos consultó a Gamboa, quien le aconsejó aceptar con un semblante que al salvadoreño le

pareció «muy significativo». La delegación admitió el arbitraje a condición de que el fallo fuera unánime. Combs votó con Guatemala, Merry se adhirió en parte a su colega y Gamboa se pronunció en contra, de modo que la tesis guatemalteca cayó. El convenio se firmó el 20 de julio a las 12:20 horas y Combs le negó la mano a Gallegos en el momento de los abrazos.[9] Las dos versiones salvadoreñas presentan como adversa la actitud de la diplomacia estadounidense. La de Gallegos atribuye además al voto de Gamboa el triunfo de su delegación.

El tratado general de paz y amistad se firmó en la capital costarricense el 24 de septiembre de 1906. Reiteró el arbitraje de los presidentes de Estados Unidos y de México y lo acompañaron convenciones para crear una Oficina Internacional Centroamericana y un Instituto Pedagógico.[10] Nicaragua rehusó adherirse, ya que Zelaya rechazaba la mediación externa. Esa negativa anticipó la crisis de 1907, cuando la guerra entre Nicaragua y Honduras arrastró a El Salvador. El tratado de paz que firmaron en Amapala, en abril de ese año, los gobiernos salvadoreño y nicaragüense fue de factura semejante al del *Marblehead*.[11]

La paz de Amapala duró poco. El 11 de junio de 1907, una expedición que el gobierno de Zelaya despachó en el vapor *Momotombo* desembarcó en Acajutla y atacó la plaza de Sonsonate, cuya matanza fue vista por un niño que después sería conocido entre las artes y las letras salvadoreñas como Salarrué (1899-1975).[12] El gobierno del general Fernando Figueroa buscó entonces a México. Por medio de un intermediario se propuso someter al arbitraje de Díaz Mori las dificultades con Nicaragua. San Salvador aceptó que el presidente mexicano fijara la reparación y mediara después en un arreglo general, condiciones que el intermediario rechazó.[13] En las conferencias celebradas en San José, Gallegos sostuvo ante el agente nicaragüense que cualquier queja de Managua debía ir al arbitraje obligatorio de los presidentes de Estados Unidos y de México.[14]



El abogado y diplomático Dr. Salvador Rodríguez González, autor de la llamada Doctrina Meléndez que derrotó al Tratado Chamorro-Bryan.

Las dos potencias retomaron la iniciativa. El 21 de agosto, José F. Godoy comunicó al Departamento de Estado que Díaz Mori estaba resuelto a interponer su influencia amistosa en favor de la paz. Roosevelt redactó un llamado a los cinco presidentes centroamericanos, que el mandatario mexicano reprodujo en términos casi idénticos. Por su parte, el general Figueroa contestó que apreciaba los buenos oficios de ambos mandatarios. El 17 de septiembre, los representantes de las cinco repúblicas firmaron en Washington un protocolo que convocaba una conferencia e invitaba a Estados Unidos y a México a enviar representantes.[15] La Conferencia de Paz Centroamericana se reunió allí del 14 de noviembre al 20 de diciembre de 1907, con Enrique C. Creel y William I. Buchanan como representantes de México y Estados Unidos. Se firmaron ocho convenciones, entre ellas la que creó la Corte de Justicia Centroamericana, instalada en Cartago el 25 de mayo de 1908. El tratado general declaró neutral el territorio de Honduras, la misma idea que Gallegos había propuesto en San José, y la cancillería salvadoreña agradeció de manera expresa la cooperación de Roosevelt y de Díaz Mori.[16]



El médico y diplomático salvadoreño Dr. Gustavo Barón Lima.

Para Mónica Toussaint, el general Díaz Mori buscó alternar con una potencia de primer orden y afirmar a México como potencia media regional, aunque algunas cancillerías europeas vieron en la mediación conjunta un aval mexicano a la expansión estadounidense.[17] Para El Salvador, el saldo fue ambiguo. El Dr. Gallegos escribió que no tenía motivo

para desconfiar de la política de ambos gobiernos, a la que juzgaba interesada solo en el beneficio de la paz.[18] El Dr. Córdova vio en ella el inicio de las intervenciones. La distancia entre ambos juicios obedece menos a los hechos que a la experiencia acumulada entre la conferencia de Washington y la ocupación estadounidense de Nicaragua.

Desterrado por Figueroa, Córdova vivía en Nicaragua cuando Washington resolvió acabar con el gobierno de Zelaya. Díaz Mori envió a Managua a su ministro Carbajal y Rosas, a cuyas «sugerencias hábiles» atribuyó Córdova que Zelaya depositara el poder en el Dr. José Madriz. El gobierno mexicano envió después a Corinto el barco *Guerrero* para llevar a Zelaya a México y librarlo de los estadounidenses.[19]



El piloto mexicano Felipe Carraza (1897-1920).

III. Del Centenario a la muerte de Carranza (1910-1920).

Antes del derrumbe del porfiriato, El Salvador tomó parte en las fiestas del Centenario de la Independencia, que el gobierno de Díaz Mori organizó en septiembre de 1910 ante treinta delegaciones especiales. La representación salvadoreña asistió a los actos oficiales y a los banquetes, y ofreció a su vez un festejo al gobierno anfitrión.[20] Para la diplomacia salvadoreña, esa presencia confirmaba la vigencia de los compromisos de 1906 y 1907.

El régimen cayó pocos meses después. Francisco I. Madero lanzó el 5 de octubre de 1910 el Plan de San Luis, la revolución estalló el 20 de noviembre y, tras los tratados de Ciudad Juárez, Díaz Mori renunció el 25 de mayo de 1911.[21] En El Salvador gobernaba el médico Dr. Manuel Enrique Araujo. Según la memoria de Relaciones Exteriores de 1911, el ministro de México residente en Guatemala comunicó a San Salvador la renuncia de Díaz Mori y el ascenso interino de Francisco León de la Barra. La memoria no registró sobresalto alguno. Afirmó que las relaciones con México eran «tradicionales» y que habían permanecido «sobre bases de la mejor armonía y fraternidad».[22]

La transición tuvo una dimensión práctica. En junio de 1911, la cancillería salvadoreña pidió a la mexicana que impidiera la compra de armamento que agentes del opositor Dr. Prudencio Alfaro gestionaban en México, y el gobierno interino accedió. El 6 de junio, El Salvador había acreditado como encargado de negocios al joven abogado Enrique Córdova. México envió al istmo al escritor Victoriano Salado Álvarez (Teocaltiche, 1867-ciudad de México, 1931), a quien Araujo recibió el 16 de julio y con quien El Salvador firmó en enero de 1912 un tratado de extradición.[23] La cancillería salvadoreña atendió, pues, dos prioridades, como fueron la continuidad de la amistad con México y el uso de esa amistad para cerrar el paso a los opositores armados.

La guerra civil apartó a México de la escena centroamericana. Toussaint describe la década de 1910 como un periodo de ausencia casi total de política mexicana hacia el istmo, en el que Estrada Cabrera apoyó a los separatistas chiapanecos y a la contrarrevolución de Félix Díaz, mientras que Carranza dio refugio a los opositores guatemaltecos.[24] Sin frontera común con México, El Salvador quedó al margen de esas fricciones.

La revolución llegó a los lectores salvadoreños por la vía del cable submarino que desde 1882 unía Salina Cruz con el puerto de La Libertad.[25] Los agentes carrancistas atribuyeron a «los telegramas provenientes de Estados Unidos» graves perjuicios para su causa,[26] mientras que José Dutriz R., director del diario sansalvadoreño *La Prensa*, juzgó que el clima de opinión era «favorable a Huerta y hostil a Carranza», en sintonía con el gobierno salvadoreño, que había reconocido al régimen huertista.[27] Aun así, tras el desembarco estadounidense en Veracruz, en abril de 1914, la ciudad de Santa Ana presenció una «gran manifestación a favor de México» y en Chalchuapa desfiló un carro alegórico que celebraba la resistencia de ese puerto.[28]

La revolución atrajo también a escritores salvadoreños. El poeta Vicente Rosales y Rosales (Jucuapa, 1894-San Salvador, 1980) publicó en México en 1918 su primer libro, *Sirenas cautivas*, y Gustavo Solano Guzmán (San Salvador, 1886-1955), que firmaba como Conde Gris, se integró a las filas carrancistas.[29]

A partir de 1916, la representación carrancista intentó corregir la mala imagen que transmitían los cables extranjeros. Su figura principal fue Salvador Martínez Alomía (Campeche, 1875-ciudad de México, 1920), poeta, periodista, diputado y senador,[30] que había dirigido en La Habana la agencia confidencial carrancista.[31] En febrero de 1916 recibió el rango de enviado en misión especial ante los gobiernos del istmo y recorrió Nicaragua y Guatemala, donde obtuvo de Estrada Cabrera la aceptación de un ministro plenipotenciario mexicano.[32] Carlos Meléndez Ramírez lo recibió en el Salón Rojo del Palacio Nacional de San Salvador el 18 de febrero de 1917.[33] Escribió para *La Prensa*, donde presentó a Carranza como «la encarnación de ideas y de sentimientos latentes en el organismo nacional», colocó notas inexactas, como la que anunció la rendición de Emiliano Zapata, y presidió los actos de

entrega del aeroplano y de la estación inalámbrica.[34] Su campaña duró poco. Tras la entrada de Estados Unidos en la guerra europea, los tres grandes diarios abrazaron la causa aliada y un informe de la legación concluyó que «sobre México, ya no se publica nada».[35] Su misión concluyó el 4 de mayo de 1918.[36]

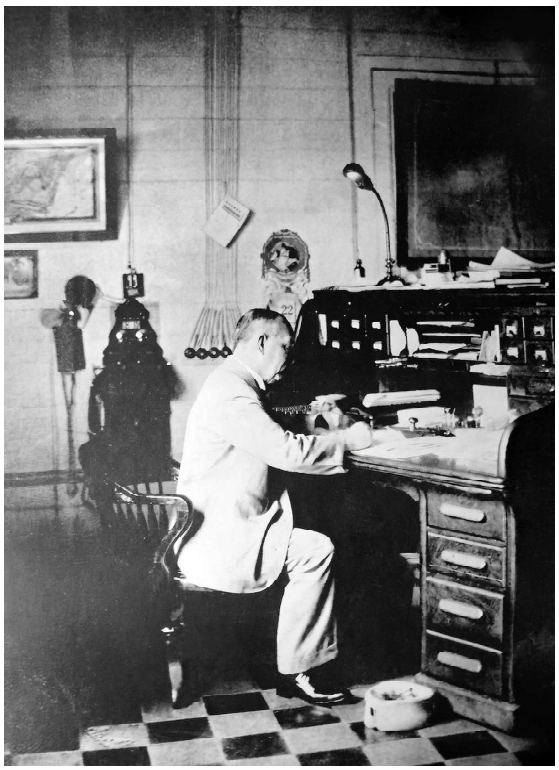
Dos procesos acercaron las posiciones de ambos gobiernos. El primero fue la demanda salvadoreña contra Nicaragua por el tratado Bryan-Chamorro, que concedía a Estados Unidos la posibilidad de una base naval en el golfo de Fonseca. La Corte de Justicia Centroamericana resolvió en marzo de 1917 que el tratado amenazaba la seguridad salvadoreña y violaba el codominio sobre esas aguas.[37] El segundo fue la Doctrina Carranza, formulada en el informe presidencial del 1 de septiembre de 1918, que proclamó la igualdad de las naciones y la no intervención.[38] Eso no constituía una alianza formal, sino una coincidencia de principios.

La cordialidad se mantuvo hasta el final. Cuando Carranza fue murió en Tlaxcalantongo el 21 de mayo de 1920, la Asamblea Nacional Legislativa declaró duelo nacional, invocó los «nexos de solidaridad y simpatía» entre ambos países y recordó que el presidente mexicano había dado «pruebas inequívocas de su aprecio por el pueblo cuzcatleco».[39] Las pruebas más tangibles de ese aprecio habían llegado tres años antes.

IV. La legación salvadoreña en México desde el porfiriato hasta el obregonismo.

El gobierno salvadoreño sostuvo en la capital mexicana una legación de rango modesto, pero de notable continuidad. Su titular durante buena parte del periodo fue el médico Dr. Gustavo Barón Lima como ministro residente,[40] quien presenció el derrumbe del porfiriato, el interinato de León de la Barra, la presidencia de Madero y el golpe de Victoriano Huerta.

Las memorias del Dr. Córdova matizan esa continuidad. El presidente Araujo le confió en 1911 la representación en México «con instrucciones de estrechar lo más posible las relaciones», por lo que él permaneció allí hasta febrero de 1915. Fue Madero quien le comunicó la situación moribunda de Araujo, atacado en San Salvador el 4 de febrero de 1913. Días después, Madero cayó asesinado. Córdova unió ambas muertes en una frase: «Así terminaron dos grandes patriotas amigos».[41] Testigo de la Decena Trágica, acudió con el cuerpo diplomático a felicitar a Huerta mientras Madero permanecía preso en el mismo edificio.[42] Al salir de la ceremonia de presentación, el ministro de Gobernación Dr. Aureliano Urrutia les dijo a Córdova y al ministro guatemalteco que, tras el «Presidente blanco», conocerían «a uno negro, muy negro, como necesita este pueblo».[43]



El empresario y presidente salvadoreño Carlos Meléndez Ramírez en su despacho, en una fotografía publicada en El libro azul de El Salvador (1916).

De regreso en San Salvador, el Dr. Córdova fue nombrado ministro de Guerra el 20 de octubre de 1915.[44] Desde ese despacho le tocó recibir los obsequios aeronáuticos del carrancismo, aunque sus memorias guardan silencio sobre ellos.

Los terremotos y la erupción que asolaron San Salvador el 7 de junio de 1917 pusieron a prueba el canal diplomático. Carranza propuso al Congreso un auxilio de 30,000 pesos para la «República hermana», la Cámara de Diputados guardó tres días de duelo y las organizaciones estudiantiles abrieron una suscripción.[45] El 24 de junio, la aviación militar organizó en el campo de Balbuena vuelos de exhibición cuyo producto, 4,400 pesos, fue entregado al ministro salvadoreño.[46] El gobierno salvadoreño envió a México la misión especial del Dr. José Leiva para agradecer esa actitud. Al concluirla, Leiva regresó con Barón Lima, que había obtenido una licencia por motivos de salud y murió poco después en San Francisco (California).[47]

Tras el asesinato de Carranza, El Salvador figuró entre los países que reconocieron al gobierno del general Álvaro Obregón (Navojoa, 1880-ciudad de México, 1928), en momentos en que Washington condicionaba el suyo. Para su toma de posesión, el 1 de diciembre de 1920, designó a Eduardo Urdaneta como delegado especial.[48] En los años obregonistas, la legación salvadoreña se ocupó sobre todo de asuntos técnicos y militares, como la formación de pilotos y el auxilio mecánico para el vuelo de un aviador salvadoreño en 1922. Fue menos un actor político que un intermediario de la cooperación, papel acorde con un estado pequeño, sin frontera con México y atento a no contrariar las líneas emanadas de Washington.

V. Los representantes de México en San Salvador (1902-1925).

Durante el porfiriato y la primera etapa revolucionaria, el ministro de México acreditado ante El Salvador residía por lo común en

Guatemala y atendía desde allí a varias repúblicas del istmo. Entre 1902 y 1925, el Acervo Histórico Diplomático registra como representantes a Cayetano Romero, José Francisco Godoy, Federico Gamboa, Luis G. Pardo, Victoriano Salado Álvarez, Reynaldo Gordillo y León, José Mariano Crespo y Beltranera, Salvador Martínez Alomía, Antonio Hernández Ferrer, Juan B. Delgado, José María Ferrer, Enrique Bordes Mangel y Julio Madero González.[49]

La sucesión de 1911 a 1913 refleja la inestabilidad mexicana. Salado Álvarez fue enviado a Brasil en marzo de 1912. Lo sucedió el chiapaneco Reynaldo Gordillo y León. El Lic. José Mariano Crespo y Beltranera figuró como ministro residente hasta diciembre de 1913, ya bajo Huerta.[50] Tras el triunfo constitucionalista, junto a Martínez Alomía actuó como encargado de negocios el Lic. Manuel Rivas, que murió en San Salvador el 19 de enero de 1917.[51] Con Obregón llegó el Lic. José María Ferrer, que partió hacia México en junio de 1922 despedido con elogios de la prensa local.[52] Entre ambos nombramientos, el poeta Juan B. Delgado (Querétaro, 1868-ciudad de México, 1929) encabezó en marzo de 1921 una misión especial de agradecimiento.[53] La serie se cierra con Bordes Mangel y Julio Madero González, de quienes se ocupa la sección VIII.



Fotografía y dedicatoria manuscrita del aviador salvadoreño Humberto Aberle Pérez. Imagen cortesía de la Hemeroteca Municipal de Madrid.

VI. Aeroplanos y radiotelegrafía, los obsequios del general Carranza.

Durante la revolución, Carranza hizo de la aviación un instrumento militar y de prestigio. Alberto Salinas Carranza (1892-1970), formado en la escuela Moisant de Nueva York, encabezó desde 1915 el Departamento de Aviación, y los Talleres Nacionales de Construcciones Aeronáuticas fabricaron los biplanos de la Serie A.[54] El nombre de esa escuela enlaza dos capítulos de esta historia, pues Alfred J. Moisant, hermano de John B. Moisant, la presidía en 1911.[55] Los Moisant eran también dueños de la hacienda Santa Emilia, en la costa sonsonateca, y su pleito de 1907 con el gobierno de Figueroa había llegado a las memorias de Gallegos.[56] Esa familia contribuyó así, por una vía indirecta, a la formación de la aviación militar que diez años después llegaría a El Salvador.

El biplano de la Serie A fue un producto de la necesidad. La guerra europea había cerrado el mercado de aeronaves y, con piezas de un monoplano Kantner-Moisant, el mecánico Francisco Santarini construyó el Biplano Militar Número Uno, con hélice Anáhuac diseñada por Juan Guillermo Villasana (Pachuca, 1891-1959).[57] El ejemplar de 1917 tenía un motor rotativo Gnome de 80 caballos y alas de madera nacional.[58]

La comisión mexicana tuvo un perfil técnico y político. La encabezó el coronel Salinas Carranza, sobrino del Primer Jefe, y la integraron el capitán Felipe Carranza, el teniente Villasana, el teniente Benjamín J. Venegas y varios mecánicos. Recibió sus instrucciones de Carranza en Querétaro, zarpó de Manzanillo en el cañonero *Jesús Carranza* y desembarcó en Acajutla el 21 de enero de 1917.[59] Entregó dos aeroplanos, uno armado y otro desarmado como reserva de piezas, destinados a la Escuela Politécnica, cuyo director era el general Julio A. Salinas.[60] Tras el montaje y las clases de motores de Villasana, el vuelo de entrega se efectuó el 23 de febrero en la hacienda Colima. Duró 18 minutos y alcanzó 1,200 pies, pese al mal tiempo. Según el informe presidencial mexicano, el mandatario salvadoreño condecoró a los aviadores y pronunció una alocución elogiosa para México.[61]


Aviador salvadoreño Manuel Sánchez Peralta. Imagen proporcionada por la Hemeroteca Municipal de Madrid.

Un inventario de la Escuela Militar de Aviación de 1919 dio de baja los biplanos 2-A-13 y 2-A-14 con la anotación «regalados a la República del Salvador», aunque las fotografías del aparato muestran la matrícula 1-A-9.[62] La *Memoria de Guerra y Marina* de 1918 habló de «un» aeroplano, diferencia que se explica por la condición del segundo, llegado



El Biplano TNCA serie A 1-A-9 en la hacienda salvadoreña Colima.

como reserva.[63] En febrero de 1917, Carranza aún no era presidente constitucional, sino Primer Jefe encargado del Poder Ejecutivo.

El acto de mayor carga política tuvo lugar el 15 de marzo de 1917 en la Escuela Politécnica. Meléndez Ramírez, acompañado por Córdova, impuso medallas a los aviadores, con Martínez Alomía a su derecha. La Sociedad Confederada de Obreros Salvadoreños ofreció una recepción a los obreros mexicanos, en la que Francisco A. Campos disertó sobre «la unión de la raza latino-americana».[64] La presencia del artesanado muestra que el obsequio fue leído en San Salvador como una expresión de fraternidad iberoamericana frente al poder estadounidense.

El 10 de septiembre de 1917 presentó credenciales el Lic. Antonio Hernández y Ferrer, ministro de México hasta el 13 de febrero de 1920.[65] Diputado revolucionario en Tabasco y cónsul de México en Cuba,[66] propuso a su cancillería un periódico propio y «bien pagado» que difundiera la revolución en el istmo, iniciativa con escasas posibilidades de éxito.[67] Su trayectoria revela la fractura de la familia revolucionaria. Ministro en Cuba desde 1920, cerró esa legación en 1922 y reapareció en el exilio delahuertista. En 1926 figuró entre los acusados en el proceso que se siguió en San Antonio (Texas) contra Adolfo de la Huerta y sus seguidores.[68]

La estación radiotelegráfica completó el obsequio. Quedó instalada el 15 de septiembre de 1917, fecha que la Superintendencia General de Electricidad y Telecomunicaciones considera la de inauguración de la primera estación de ese tipo en el país.[69] Alojada en un edificio del arquitecto Félix Brutus Targa duBois, recibió el nombre de su donante y funcionó cerca de la Casa Presidencial, en un predio que ocupa hoy el parque Venustiano Carranza.



Otra foto del Biplano TNCA serie A 1-A-9 en la hacienda Colima.

La cooperación incluyó la formación de pilotos. El salvadoreño Manuel Sánchez Peralta ingresó en 1918 en la Escuela Militar de Aviación y obtuvo en enero de 1919 el título de piloto aviador militar.[70] Se naturalizó mexicano y murió en la ciudad de México en 1947 con el grado de mayor.

El destino del aeroplano muestra la distancia entre el gesto y su aprovechamiento. El biplano quedó en la maestranza de la Escuela Politécnica, sin pilotos que pudieran volarlo. El 2 de mayo de 1920, en la hacienda Colima, el teniente Humberto Alejandro Aberle Pérez (Santa Ana, 1891-San Salvador, 1970) lo elevó hasta mil pies, pero en el segundo vuelo el motor comenzó a fallar.[71] Ese mismo mes, el régimen que había donado el aparato se derrumbó. El vuelo de Aberle Pérez cerró el ciclo de la aviación carrancista en El Salvador.



Imagen panorámica de la estación radiotelegráfica donada por México a El Salvador en 1917. Fotografía proporcionada por la Hemeroteca Municipal de Madrid.

La relación aeronáutica sobrevivió al cambio de régimen. En 1921, Aberle Pérez se perfeccionó en la Escuela Militar de Aviación de México.[72] Al año siguiente adquirió un biplano Lincoln-Standard, que armó en Tapachula el mecánico Medardo Córdova, miembro de la comisión de 1917. El 16 de diciembre de 1922 voló desde esa ciudad hasta Soyapango.[73] Matriculado como S-1, ese aparato fue el primero de la flotilla aérea salvadoreña.[74]

Los obsequios encajan en lo que Jürgen Buchenau describe como el desafío persistente de México a la influencia estadounidense en Centroamérica.[75] Díaz Mori lo ejerció mediante la mediación compartida con Washington. Carranza lo hizo mediante transferencias tecnológicas de alto valor simbólico hacia un gobierno que había impugnado un tratado auspiciado por Estados Unidos.

VII. Mitos y verdades del vínculo entre Carranza y El Salvador.

La explicación corriente de los obsequios descansa en la gratitud personal de Carranza hacia un gobierno amigo. La historiografía de la aviación militar mexicana añadió que el gobierno de Meléndez Ramírez habría devuelto en 1916 un buque cargado con millones de cartuchos huertistas. La documentación diplomática permite separar lo cierto de lo legendario.

Hubo armas de por medio, pero no una devolución desinteresada. En septiembre de 1914, Meléndez Ramírez prometió devolver ocho ametralladoras Hotchkiss y unos veinte mil cartuchos que oficiales huertistas habían introducido en el país.[76] En octubre de 1916, el asunto se convirtió en la venta de un millón de cartuchos por poco menos de 60,000 dólares. Bajo la vigilancia del cañonero estadounidense *Chattanooga*, el *Jesús Carranza* zarpó de Acajutla con 560,000 cartuchos, 230 pistolas y ocho ametralladoras.[77] El buque de los «millones de cartuchos» fue una venta parcial, pagada y vigilada de cerca por Estados Unidos.

La gratitud existió, pero tuvo un origen concreto. Según Pablo Yankelevich, el general Carranza decidió obsequiar la estación inalámbrica «como muestra de agradecimiento» por esas operaciones.[78] Por su parte, Carlos Meléndez Ramírez buscaba en México un contrapeso frente a Estrada Cabrera y frente al proyecto de una base naval estadounidense en el golfo de Fonseca. En octubre de 1916 le confió al representante mexicano que él figuraba en la «lista negra» de Estados Unidos y que, como gobernante salvadoreño, respaldaría un tratado defensivo con México.[79] El vínculo fue una convergencia de intereses entre dos gobiernos sometidos a la presión de Washington.

Otro mito atañe al origen de los aparatos. Los biplanos eran mexicanos, pero la estación radiotelegráfica era de fabricación alemana, de la marca Telefunken.[80] En 1921, Salado Álvarez escribió con sorna que Carranza había regalado a El Salvador «una torre inalámbrica de las que le obsequió Alemania». En esos días, Obregón afirmó que solo El Salvador había acudido al llamado de México para sostener su neutralidad en la guerra europea, mientras que el Dr. Francisco Martínez Suárez declaró en Tegucigalpa que nunca había existido «liga ni compromiso» entre ambos países.[81] La verdad documental se sitúa entre ambos extremos. El Salvador compartió con México la neutralidad y le vendió millones de cartuchos de bala, pero no suscribió con él ningún tratado de alianza.

Córdova dejó una versión salvadoreña que coincide en parte con la de Obregón. Según su testimonio, Meléndez Ramírez se negó a declarar la guerra a Alemania y respondió al ministro estadounidense que no podía hacerlo contra «un Gobierno del que el mío no ha recibido agravio».[82] Los obsequios de 1917 fueron, en suma, piezas de una estrategia geopolítica, y la gratitud que expresaron fue la cara amable de una transacción.

VIII. Enrique Bordes Mangel, un maderista en El Salvador.

La normalización de las relaciones bajo Obregón llevó a San Salvador a un mexicano de la primera hora revolucionaria. José de la Cruz Enrique Bordes Mangel nació en Guanajuato el 9 de junio de 1886. Periodista y orador antirreeleccionista, acompañó a Madero en su gira de 1910 e intervino en San Antonio (Texas) en la redacción del plan revolucionario, al que dio el nombre de Plan de San Luis. Fue diputado del bloque renovador, conoció la cárcel bajo Huerta, rompió con Carranza, fue vocero del villismo en Washington y presidió entre 1920 y 1922 la Cámara de Diputados.[83]

Nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario el 10 de mayo de 1922, presentó credenciales el 27 de junio ante Jorge Meléndez Ramírez, quedó acreditado también ante Honduras y concluyó su misión el 24 de noviembre de 1924. Lo sucedió Julio Madero González (Parras, 1886-ciudad de México, 1946), hermano del presidente asesinado.[84] Según Gutiérrez Müller, el nombramiento de Bordes Mangel sirvió para alejar a un político incómodo, que después se opuso a la reelección de Obregón y murió exiliado y pobre en Tijuana, en abril de 1935.[85] Madero González se alineó con el grupo sonorense, fue ministro en Suecia y presentó credenciales en San Salvador el 13 de junio de 1925.[86]



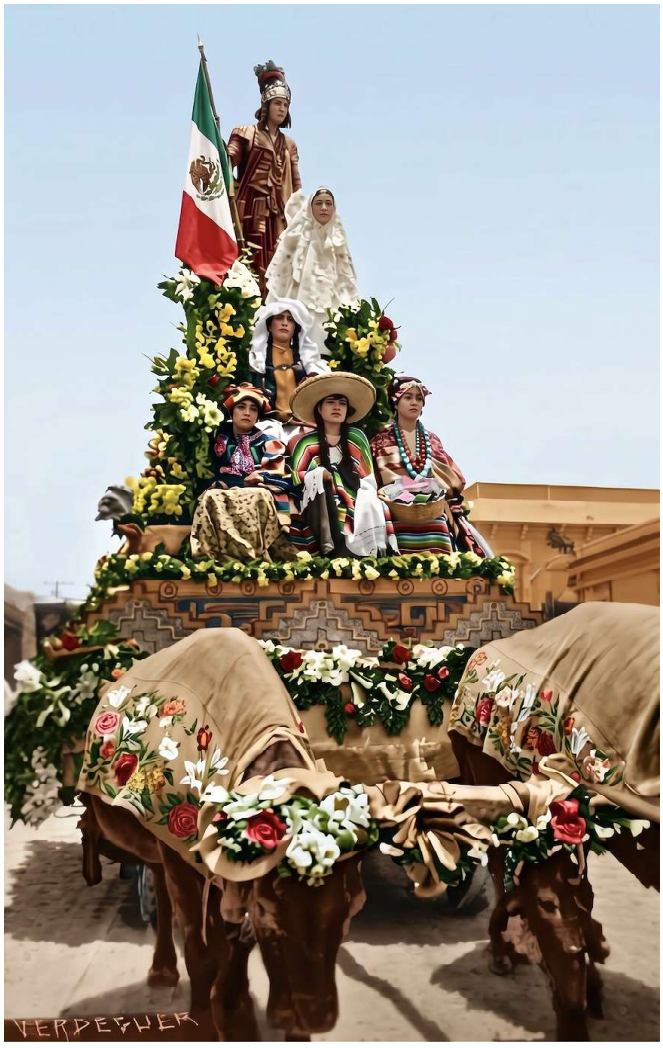
El general, periodista y diplomático mexicano Enrique Bordes Mangel, autor del Tratado de San Luis que derrocó al presidente Díaz Mori.

IX. Conclusiones provisionales.

La relación entre México y El Salvador entre 1902 y 1924 conoció dos modalidades. En la primera, el México del porfiriato actuó como sede y copartícipe del orden interamericano. La conferencia de 1901-1902 comprometió a El Salvador con el arbitraje obligatorio, Díaz Mori intervino en 1906, Gamboa presidió de forma honoraria la conferencia del *Marblehead* y el presidente mexicano quedó designado árbitro de las diferencias futuras.

En la segunda etapa, el México revolucionario, sin capacidad de mediación regional, cultivó con El Salvador un vínculo de signo simbólico y técnico, con dos biplanos de fabricación nacional, una estación radiotelegráfica y la formación de pilotos salvadoreños. Del lado salvadoreño, la legación del Dr. Barón y las misiones especiales tradujeron esa cordialidad en gestos protocolarios y en una pronta adaptación a cada cambio de régimen en México. Entre ambas modalidades media la coincidencia de principios que el gobierno salvadoreño hizo explícita en su pleito contra el tratado Bryan-Chamorro y que Carranza elevó a doctrina en 1918.

La revisión de las fuentes obliga a corregir dos imágenes heredadas. La primera es la de una supuesta indiferencia salvadoreña ante la caída de Díaz Mori, pues la cancillería de Araujo afirmó la continuidad de la amistad y aprovechó al gobierno de transición para frenar las compras de armas de sus opositores. La segunda es la de un Carranza movido solo por la gratitud. Los aviones y la estación formaron parte de una relación de intereses, tejida con ventas de cartuchos, presiones estadounidenses y el temor común a Estrada Cabrera y a una base naval estadounidense en el golfo de Fonseca.



Fotografía con colores aplicados por medios digitales de la carroza de la comunidad mexicana en las fiestas agostinas de San Salvador, en 1923.

Las memorias de los Dres. Salvador Gallegos y Enrique Córdova unen ambos tramos. Gallegos vio en México un aliado decisivo y confió en la buena fe de las potencias mediadoras. Córdova, testigo de la caída de Madero y ministro durante los obsequios carrancistas, juzgó con severidad aquellas mediaciones. Entre los dos textos se dibuja el tránsito de una diplomacia salvadoreña que vio en México un contrapeso amistoso a otra que aprendió a leer aquellas mediaciones como antesala de la intervención.

NOTAS

[1] «The Pan-American/Inter-American Conferences», ASAFAL, Università di Siena, 2023, https://asafal.unisi.it/wp-content/uploads/sites/70/2023/05/Pan-American-Conferences.pdf. Tratado de arbitraje obligatorio, México, 29 de enero de 1902, arts. 1 y 3 y cláusula de firmas, en Derecho Internacional Público (dipublico.org).

[2] Secretaría de Relaciones Exteriores, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, «Representantes mexicanos ante la República de El Salvador», en *Base de datos de Embajadoras y Embajadores de México en el Exterior* (México: SRE, 2024), entradas de Cayetano Romero y José Francisco Godoy, https://portales.sre.gob.mx/acervo/images/Embajadores-2024/sedes-2024/1_22-El_Salvador.pdf. En adelante, SRE, «Representantes».

[3] Mónica Toussaint, «Centroamérica: entre la guerra y la paz. Del Pacto de Corinto a los Acuerdos de Esquipulas», *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, núm. 45 (2007): 160–61.

[4] Bacon a David E. Thompson, Washington, 11 de julio de 1906, en U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1906*, parte 1 (Washington, DC: Government Printing Office, 1909), doc. 679. En adelante, *FRUS*. Roosevelt al presidente Escalón, telegrama, *FRUS, 1906*, parte 1, doc. 685.

[5] Thompson al secretario de Estado, *FRUS, 1906*, parte 1, doc. 710, 847–48. «Convention of Peace Celebrated on Board the Cruiser *Marblehead*», 20 de julio de 1906, arts. 1–5, *FRUS, 1906*, parte 1, doc. 719, 851–52.

[6] Bacon a Thompson y Bacon a Merry, 21 de julio de 1906, *FRUS, 1906*, parte 1, docs. 713 y 714.

[7] Enrique Córdova, *Miradas retrospectivas*, introd. de Marcelino Samayoa Córdova (San Salvador: Ricaldone, [1993]), 25–26. El autor llama «Francisco» al ministro mexicano Federico Gamboa.

[8] Salvador Gallegos, *Memorias del doctor don Salvador Gallegos* (San Salvador: Tipografía La Unión, Dutriz Hermanos, 1916), 5–8. Salvador Gallegos, *Memorias del doctor don Salvador Gallegos. 2a. parte* (San Salvador: Biblioteca de Diario La Prensa, 1916). La segunda parte continúa la paginación de la primera.

[9] Gallegos, *Memorias. 2a. parte*, 268–81.

[10] Tratado general de paz y amistad, San José, 24 de septiembre de 1906, *FRUS, 1906*, parte 1, docs. 728–30.

[11] Toussaint, «Centroamérica», 178. U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1907*, parte 2 (Washington, DC: Government Printing Office, 1910), «List of Papers», entradas relativas al tratado de Amapala.

[12] Gallegos, *Memorias*, 136 y 138.

[13] Figueroa a Gallegos, 28 de julio de 1907, en Gallegos, *Memorias*, 147.

[14] Gallegos, *Memorias*, 149–50, 163–64, 178 y 182.

[15] Godoy al secretario de Estado, 21 de agosto de 1907, *FRUS, 1907*, parte 2, doc. 82. Figueroa a Roosevelt, 29 de agosto de 1907, *FRUS, 1907*, parte 2, doc. 88. «Central American Peace Protocol», Washington, 17 de septiembre de 1907, *FRUS, 1907*, parte 2, doc. 99.

[16] William I. Buchanan, «Report of the Central American Peace Conference», 20 de marzo de 1908, *FRUS, 1907*, parte 2, doc. 148. Acta de instalación de la Corte de Justicia Centroamericana, Cartago, 25 de mayo de 1908, en U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1908* (Washington, DC: Government Printing Office, 1912), doc. 204.

[17] Toussaint, «Centroamérica», 168–69, con apoyo en Jürgen Buchenau, *In the Shadow of the Giant: The Making of Mexico's Central America Policy, 1876–1930* (Tuscaloosa: University of Alabama Press, 1996), 49.

[18] Gallegos, *Memorias*, 142–43.

[19] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 66, 68–70 y 73–74.

[20] Virginia Guedea, «La historia en los centenarios de la independencia: 1910 y 1921», en *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, coord. Virginia Guedea (México: Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México, 2009), 6. Verónica María Elizalde López, «Análisis del discurso histórico en la *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la independencia de México* a través de los diferentes actos y ceremonias» (tesis, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013), 53–56.
[21] «Cómo renunció Porfirio Díaz a la presidencia de México hace 111 años», *Infobae*, 25 de mayo de 2022, https://www.infobae.com/america/mexico/2022/05/25/como-renuncio-porfirio-diaz-a-la-presidencia-de-mexico-hace-111-anos/.
[22] Manuel Castro Ramírez padre, «Memoria de los actos del Ejecutivo en los ramos de Relaciones Exteriores, Justicia y Beneficencia, correspondiente al año de 1911», *Diario Oficial* (San Salvador), t. 72, núm. 48, 26 de febrero de 1912, 368.
[23] Castro Ramírez padre, «Memoria», 368. SRE, «Representantes», entrada de Victoriano Salado Álvarez.
[24] Toussaint, «Centroamérica», 169–70.
[25] Henry C. Hall a Frederick T. Frelinghuysen, Guatemala, 1882, en U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1882* (Washington, DC: Government Printing Office, 1882), doc. 33, 52–54.
[26] Pablo Yankelevich, «Centroamérica en la mira del constitucionalismo, 1914–1920», *Signos Históricos*, núm. 7 (enero-junio de 2002): 184 y 191.
[27] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 186. Agustín Sánchez Andrés, «La Doctrina Carranza y el inicio del proceso de normalización de las relaciones exteriores del México posrevolucionario, 1915–1919», *Boletín del Archivo General de la Nación*, núm. 2 (mayo-agosto de 2019): 193.
[28] «Gran manifestación a favor de México», *Diario del Salvador*, 29 de abril de 1914, 2, y «Simpática fiesta de los obreros en Chalchuapa», *La República*, 6 de septiembre de 1914, 2, citados en Héctor Lindo-Fuentes, «El Salvador vs. *Imperialismo Yanqui*, 1912–14», *Journal of Latin American Studies* 52, núm. 3 (2020): notas 89 y 90.
[29] Pablo Enrique Martínez Mejía, «Gustavo Solano y la literatura transnacional del exilio en la escritura hispana de los Estados Unidos», *El Cid Journal* (The Citadel), 17 de agosto de 2026, https://www.citadel.edu/elcid/2026/08/gustavo-solano-y-la-literatura-transnacional-del-exilio-en-la-escritura-hispana-de-los-estados-unidos/.
[30] «Salvador Martínez Alomía», *Enciclopedia de la Literatura en México* (México: Fundación para las Letras Mexicanas), https://www.elem.mx/autor/datos/3102.
[31] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 176–77.
[32] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 177 y 187–88.
[33] *Diario Oficial* (San Salvador), t. 82, núm. 40, 18 de febrero de 1917, 245–47.
[34] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 181, 185 y 186.
[35] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 189.
[36] SRE, «Representantes», entradas de Salvador Martínez Alomía.
[37] Jefferson al secretario de Estado, despacho núm. 355, en U.S. Department of State, *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1917* (Washington, DC: Government Printing Office, 1926), doc. 1336.
[38] Venustiano Carranza, II informe de gobierno, 1 de septiembre de 1918, en Cámara de Diputados, *Informes presidenciales. Venustiano Carranza* (México: Centro de Documentación, Información y Análisis, 2006), 58–132, https://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-01.pdf.
[39] Decreto de la Asamblea Nacional Legislativa, 28 de mayo de 1920, *Diario Oficial*, t. 88, núm. 119, 1 de junio de 1920, transcrito en Jorge Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación en El Salvador [Apuntamientos de la aviación salvadoreña]* (San Salvador: Ministerio de la Defensa Nacional, Centro de Historia Militar, 2022), 22–24.
[40] Carranza, II informe, sección «Relaciones Exteriores».
[41] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 4, 95 y 139.
[42] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 100–3.
[43] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 103–4.
[44] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 109 y 112–14.
[45] Carranza, I informe de gobierno, 1 de septiembre de 1917, en *Informes presidenciales. Venustiano Carranza*, sección «Relaciones Exteriores». Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, «9 de junio de 1917: México se solidariza con las víctimas del terremoto en El Salvador», México es Cultura, 2017.
[46] Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación*, 15–16, para los vuelos. El monto procede de la crónica del festival en la prensa aeronáutica mexicana.
[47] Carranza, II informe, sección «Relaciones Exteriores».
[48] Álvaro Obregón, I informe de gobierno, 1 de septiembre de 1921, en Cámara de Diputados, *Informes presidenciales. Álvaro Obregón* (México: Centro de Documentación, Información y Análisis, 2006), https://www.diputados.gob.mx/sedia/sia/re/RE-ISS-09-06-03.pdf.
[49] SRE, «Representantes», entradas de 1902 a 1925.
[50] Alejandro Sacbé Shuttera y Albert Weber Fonseca, «Literatura exiliada. Victoriano Salado Álvarez: centroamericanista», *Bibliographica* 7, núm. 2 (julio-diciembre de 2024): 145–78. SRE, «Representantes», entrada de José Mariano Crespo y Beltranera.
[51] «Muere un diplomático mexicano», *La Prensa* (San Antonio, TX), 25 de enero de 1917, 1, The Portal to Texas History, https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth1067153/m1/1/.
[52] «Regresa a Méx. el ministro Ferrer en El Salvador», *La Prensa* (San Antonio, TX), 26 de junio de 1922, 1, https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth1068378/m1/1/.
[53] «Juan Bautista Delgado», *Enciclopedia de la Literatura en México*, https://www.elem.mx/autor/datos/2973.
[54] Secretaría de la Defensa Nacional, «Creación de la Fuerza Aérea Mexicana», fascículo 6 (México: SEDENA, s. f.).
[55] National Air and Space Museum Archives, «Moisant Family Scrapbooks», acc. XXXX-0535, nota biográfica.
[56] Gavin Mortimer, «The Daring Mr. Moisant», *Air & Space Magazine*, Smithsonian, 30 de diciembre de 2010, https://www.smithsonianmag.com/air-space-magazine/the-daring-mr-moisant-78148130/. Gallegos, *Memorias. 2a. parte*, 284–85.
[57] Pablo Larumbe, *Los inicios de la aviación mexicana, 1910-1919*, t. I (México), 92.
[58] Larumbe, *Los inicios de la aviación mexicana*, 140.
[59] Registros de la Escuela Militar de Aviación de México. Lardé y Larín y la Fuerza Aérea Salvadoreña ofrecen otras fechas.
[60] Fuerza Aérea Salvadoreña, «Orígenes de la aviación nacional», Museo de la Fuerza Aérea, consultado el 13 de octubre de 2026. Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación*, 15.
[61] Carranza, II informe, sección «Relaciones Exteriores».
[62] Ángel Lascuráin y Osio, historia de la Escuela Militar de Aviación (México, 1925), inventario del 29 de abril de 1919. Larumbe, *Los inicios de la aviación mexicana*, 140.
[63] Enrique Córdova, *Memoria de Guerra y Marina*, *Diario Oficial*, t. 84, núm. 50, 28 de febrero de 1918, citada en Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación*, 16.
[64] «La Escuela Politécnica Militar de El Salvador otorga medallas conmemorativas a los miembros de la Comisión Mexicana de Aviación», *Tohtli* (México), 1917, 116.
[65] SRE, «Representantes», entrada de Antonio Hernández Ferrer.
[66] Géney Torruco Saravia, *Villahermosa: nuestra ciudad*, t. 1 (Villahermosa: H. Ayuntamiento Constitucional del Centro, 1987), 271 y 289.
[67] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 181 y 189.
[68] «México retiró su ministro de Cuba», *La Prensa* (San Antonio, TX), 23 de abril de 1922, 1, https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth1069953/m1/1/. Enrique Plasencia de la Parra, «El exilio delahuertista», *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 43 (enero-junio de 2012), nota 29. La identidad del personaje se apoya en la coincidencia del nombre.
[69] Carranza, II informe, sección «Relaciones Exteriores». Superintendencia General de Electricidad y Telecomunicaciones (SIGET), «Las telecomunicaciones en El Salvador».
[70] Partes diarios de la Escuela Militar de Aviación, junio de 1918 a enero de 1919.
[71] *Diario del Salvador* y *Diario Latino* (San Salvador), 3 de mayo de 1920, en Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación*, 18–21.
[72] Lardé y Larín, *Orígenes de la aviación*, 25.
[73] «Raid aéreo Tapachula, Méx.-San Salvador», *Tohtli* (México), diciembre de 1922, 31.
[74] Douglas A. Cornejo, *Historia de la Fuerza Aérea Salvadoreña* (San Salvador: Concultura, 2002). Dan Hagedorn, *Central American and Caribbean Air Forces* (Tonbridge: Air-Britain, 1993).
[75] Buchenau, *In the Shadow of the Giant*, descripción editorial de la obra.
[76] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 178.
[77] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 179–80.
[78] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 180.
[79] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 182–83.
[80] Yankelevich, «Centroamérica en la mira», 180, n. 18.
[81] Victoriano Salado Álvarez, «Diplomacia obregonista», *La Prensa* (San Antonio, TX), 6 de noviembre de 1921, 3, The Portal to Texas History, https://texashistory.unt.edu/ark:/67531/metapth1068342/m1/3/.
[82] Córdova, *Miradas retrospectivas*, 153.
[83] Beatriz Gutiérrez Müller, «Morir sin laureles: Enrique Bordes Mangel, revolucionario maderista», *Historias* (2017): 103–11.
[84] SRE, «Representantes», entradas de Enrique Bordes Mangel y Julio Madero González.
[85] Gutiérrez Müller, «Morir sin laureles», 111–13.
[86] Embajada de México en Suecia, relación de jefes de misión de México en Suecia, https://em